

De Mónaco a Génova

Decididamente, los extranjeros venimos al principado para dejar en él algunos centenares, o millares, a veces, de escudos, me dijo Eugenio N. mientras nos acomodábamos en un compartimiento del tren que nos alejaba de Monte Carlo.

— Sí, agregué yo; y diría casi con más exactitud “para perder” esos escudos y lo decía pensando en esa casa tentadora que desbarató sólidas fortunas y llevó a muchos seres al suicidio.

— ¡Bah! repuso mi compañero echándose a reír: no creo que debamos pertenecer a este último grupo de personas.

— Cierto, la cantidad perdida es exigua. Por otra parte, bastaría que hiciéramos un telegrama a Génova, para tener los recursos necesarios que requiere la continuación de nuestro viaje.

Aquí, el alma aventurera de mi amigo se puso de manifiesto: Antes, me dijo, probaremos unos días de vida bohemia.

Los pocos escudos que merced a mi previsión habíamos podido salvar de la ruleta, apenas bastaban para llegar a una ciudad italiana, situada mucho antes de Génova.

Pareció no apenarle gran cosa a Eugenio, el notable alivio que sufrieron nuestros bolsillos, porque al verme con la cara aplicada al vidrio de la ventanilla, observando el espléndido paisaje que se deslizaba delante de nuestra vista, me dijo sonriente: Yo hallaré la manera de conseguir medios de vida durante los dos o tres días que la espera del giro nos detendrá en Albenga. Así se llama la ciudad, hasta donde nuestros boletos eran válidos.

Dicho esto, se levantó Eugenio, y metiéndose las manos en los bolsillos, comenzó a pasearse mirando fijamente el suelo.

En ese momento pasábamos por Mentón, graciosa ciudad levantada sobre la antigua Lumone, fundada por los romanos, y país nativo del inmortal autor de *El Judío errante*.

Estuvimos largo rato sin hablarnos. El tren seguía su marcha acercándose a la frontera. Los pocos pasajeros que con nosotros venían, comentaban, en distintos idiomas, la belleza del paisaje. — Ese zanjón que ves, decía un francés obeso, a una dama que parecía ser su esposa, es el límite divisorio entre Francia e Italia; pasado el zanjón, ya nos encontramos en tierra italiana. Y la señora miraba fijamente hacia la dirección señalada, como tratando de hallar una diferencia entre las regiones divididas por el exuberante valle.

Esa pequeña ciudad triste, decía un inglés a dos sujetos que lo acompañaban, señalándoles un caserío sombrío, es la primera comarca italiana que vemos. Hace cuarenta o cincuenta años, un terremoto la destruyó casi por completo; y, desde entonces, sus habitantes huyeron para no volver nunca más.

Ya estamos en Ventimiglia. Bajamos, enseñamos el pasaporte, subimos a otro tren y nos ponemos de nuevo en marcha. No tardamos en llegar a Bordighera, la ciudad de los claveles. La abundancia de palmeras nos trae el recuerdo de las regiones tropicales. Seguimos. Un suave perfume de azahares nos acompaña durante un largo trecho. El panorama es conturbador: por un lado el mar, por el otro montañas verdes y floridas.

Estamos cerca de la elegante San Remo, y las colinas y valles rebosan de violetas y claveles; nos detenemos un largo rato. La ciudad, bellísima, es famosa como estación invernal; las mirtáceas y las rosáceas, saturan el ambiente con sus esencias, saneándolo. El tren ha tardado algunos minutos más en salir para dar paso al convoy de las flores, que exporta diariamente vagones repletos de la perfumada carga a regiones lejanas y frías, especialmente a Rusia.

Hacemos estación en Porto Maurizio, que luce su esbeltez sobre un bloc de tierra, a más de cincuenta metros sobre el nivel del mar. Partimos; siempre rodeados de un panorama encantador, y llegamos a Oneglia. La estación está abarrotada de toneles, algunos de los cuales dejan escapar por las ranuras de sus hinchados vientres, el precioso líquido que encierran.

Estamos en el país del aceite. En una casa con frente al mar y a pocas varas de él, vió por primera vez la luz el gran prosista De Amicis.

El tren pita y salimos. Los olivares siguen extendiéndose

formando compactos bosques de color verde oscuro, a cuya sombra, mujeres de rodillas recogen el fruto caído.

Pasamos por Diano Marina, la nueva ciudad de casas uniformes que surgió después de destruída por el terremoto del 87. Sigue Cervo, pueblecito levantado en la cima de una colina, con sus calles inclinadas casi verticalmente. Los túneles, ahora, se suceden con mayor frecuencia. A la salida de cada uno de ellos, y después de disipado el humo que llena nuestro compartimiento, otros pueblecitos aparecen ante nuestra vista. El *Olea europaea* continúa dominando en valles y montañas, alternando con el verde claro de algunos algarrobos. El mar besa casi las ruedas de nuestro convoy. Algunos pinos, desde los cercanos montes se inclinan como saludando nuestro paso, y un agradable olor a campo llena nuestros pulmones. Otro túnel y otro, y desembocamos detrás del Cabo Mele. En Laigneglia, país de pescadores, nos detenemos algunos minutos: un soberbio golfo se extiende delante de nuestra vista. Volvemos a partir y Alassio, la perla del Mediterráneo, aparece ante nosotros. De todas las ventanillas asoman cabezas deseosas de ver la ciudad de los bastiones, fortalezas de mole oscura que nos hablan en silencio del valor de sus primitivos habitantes. Es la mejor playa de toda la ribera, y una infinidad de villas, casi todas de extranjeros, duermen en los armoniosos declives de sus colinas. La ciudad, defendida por el Cabo Mele de un lado, y por la punta Santa Cruz del otro, con la soberbia cadena de montañas a sus espaldas, semeja un gigantesco invernáculo. Las cumbres de sus montes, rematadas por algunos viejos santuarios, parecen velar por la dulce tranquilidad del ambiente.

Habíamos pasado dos o tres túneles, cuando desembocábamos frente a Albenga, la ciudad de las cien torres. Descendemos. Una gran llanura se extiende ante nuestros ojos. El Centa, con sus cien afluentes, la divide en dos partes fecundizándola. Es la planicie más dilatada de la Liguria y la que incitó la codicia de los antiguos romanos, los que enviaron varios ejércitos para batir a los indomables *albingaunos*. El cónsul Paolo Emilio, no sin trabajo y fina táctica, dió cuenta de ellos. Allí, sobre el *Colle di San Martino*, rodeado de almendros, está el monumento levantado a su memoria hace más de dos mil años y para perpetuar el recuerdo de la hazaña. Está como vigilando la

ciudad y el mar. Quedamos absortos en la contemplación de tanta belleza como nos rodea. Éxtensos campos de verdura son objeto de nuestra admiración; muchos caserones de la ciudadela lucen atributos de nobleza y las estrechas calles convergen a la plaza de la Catedral, cerca de la cual hállase un célebre bautisterio. En el hotel se nos aloja en una pieza con dos balcones: uno da a la montaña, el otro al mar; donde surge la curiosa isleta Gallinara, asilo de capuchinos allá por los años de 1400.

Mi compañero deja sus valijas y sale. No me dice ni adónde ni para qué. Al rato vuelve seguido de un muchacho que sostiene un gran zapallo y unas cuantas gruesas cañas. Entra en la habitación, paga al chico que en ella ha dejado su carga, y se quita el saco arremangándose. Luego, priva a la cucurbitácea de su abundante pulpa, tira la cáscara y hace sonar el timbre. Yo, no comprendiendo nada de esta escena, iba á hacerle la pregunta consiguiente, cuando entró un mucamo del establecimiento.

— Me imagino, le dijo Eugenio, que usted no conoce la manera cómo se prepara el dulce americano.

— No, señor.

— Bueno, pues; lleve esta pulpa al cocinero, dígale que le agregue su peso de grasa, y que ponga a hervir el todo a un fuego lento durante una hora, al cabo de la cual lo retira del fuego y me lo trae; y diciendo esto, sacó algunas de las últimas monedas que nos quedaban, y se las dió al mucamo, que algo intrigado por la orden que acababa de recibir, llevóse el fruto, inclinándose ligeramente.

Ya no pude contener más tiempo mi curiosidad, y dirigiéndome a Eugenio: — Me dirás, al fin, le dije, qué objeto persigues al hacer preparar eso que tú llamas dulce.

El se echó a reír, y antes de responder, encendió tranquilamente un cigarrillo. Después:

— Esa combinación de grasa y zapallo, mañana será un ungüento maravilloso que nos costeará los gastos de nuestra estadía en ésta. Yo no comprendía del todo. El prosiguió:

— Mañana comienzan las fiestas de la virgen de . . . , y aprovecharé los dos días que han de durar, para vender, con auxilio tuyo, un centenar de potes del ungüento, y me señaló las cañas arrimadas a un ángulo de la habitación, las cuales, seccionadas convenientemente, deberían servir de potes.

Quise, en un principio, disculparme de formar parte de semejante negocio, pero él me convenció diciéndome que era necesario matizar nuestro viaje con incidencias que, recordadas allende el océano, nos hicieran pasar algunos momentos alegres.

Eugenio permaneció durante parte de la noche, llenando con unguento un gran número de potes. Llegó el día de la fiesta y el precio que fijamos fué de diez sueldos por cada tubo.

La venta superó nuestras esperanzas. Mi amigo pregonaba su cerato con una convicción y un aplomo tan desfachatados, que me daban ánimo. Un público compacto nos rodeaba y los fieles, saliendo de la iglesia parroquial, se dirigían hacia la aglomeración de la cual nosotros éramos el centro, y al oír pronunciar el nombre de un santo unido al de una mixtura sanalo-todo, descargaban sus liras en mi sombrero, llevándose el unguento y observándolo, mientras se retiraban, con curiosidad y hasta con cierta veneración. Los compradores se sucedían traídos por la verba persuasiva de Eugenio. Al segundo día, hubo momentos en que la venta se hacía imposible. Todos los aldeanos de los alrededores, ataviados con sus trajes domingueros, empujábanse para llegar hasta nosotros. Una niña de quince a dieciséis años, logró con grandes esfuerzos llegar hasta mi lado.

— Diez sueldos, le dije.

Ella consultó su mano, tenía cuatro cobres de dos sueldos; pensó un momento y despojándose de un objeto que llevaba al cuello, me lo dió con los sueldos mientras recibía el unguento.

Cuando ví lo que me había entregado, que era una pequeña cadenita con un colgante, quise devolvérsela, pero ella había desaparecido.

Terminada la jornada, teníamos lo suficiente para permanecer allí algunos días, los necesarios hasta tanto llegara el giro solicitado.

En tres días recorrimos la mayoría de los pueblecitos y aldeas circundantes. Algunos, como Marta, Caso y Buzzoletto, no alcanzan a tener noventa almas; otros como Garlenda, encierran verdaderas joyas de arte, como son las telas del Domenichino y del Perugino, existentes en la iglesia de ese pueblo; y otros, en fin, como Degna y Casanova, poseen bellezas

naturales dignas de ser visitadas. Todos viven en un verdadero mutualismo consolidado por los años.

Eugenio y yo estábamos muy satisfechos de nuestra estadia en Albenga, durante la cual adquirimos muchos conocimientos de orden social y económico. Una mañana nos enteramos por el dueño del hotel de que nos quedaba por ver la curiosa Gruta de Toirano. Inmediatamente hacemos venir un coche y nos ponemos en camino.

Pasamos por Ceriale, atravesamos la larga calle de Borghetto, punto estratégico de los austriacos, contra el cual se estrelló el valor del general Massena en 1795.

Desde una pequeña altura vemos a Loano, donde estableció por un tiempo su cuartel el general Bonaparte en su memorable campaña de Italia, que abrió al gran corso las puertas de la gloria.

Llegamos a Toirano, y sus habitantes observan nuestro paso con curiosidad. Al llegar a una plazoleta, nos vemos obligados a descender, porque dada la estrechez de la callejuela, la carroza no puede seguir avanzando.

Sacamos las últimas liras de nuestros bolsillos, que quedan nuevamente vacíos, las damos en pago al cochero y seguimos por el camino que nos indican algunos campesinos. Al poco rato de andar, alcanzamos a una jovencita que seguía nuestra misma dirección. Asido de la mano llevaba a un niño de 6 a 7 años que la seguía con cierta dejadez. Al conocer la chica nuestro propósito, se ofreció gentilmente a acompañarnos.

— Yo tengo la llave de entrada, señor.

— ¿Y qué es lo que va a hacer usted allí, señorita?

— Es mi paseo de todos los días, señor; voy con mi hermano a buscar la luz para sus ojos. El niño estaba ciego.

Ella prosiguió: — Hace más de cuatro años que está así, y dirige diariamente su plegaria al cielo para que le torne la vista.

Nosotros seguíamos sin hablar la relación de esa niña, cuyos modales educados no condecían con la rusticidad del pueblo en que nos encontrábamos.

— ¿Son ustedes de Toirano?, le preguntamos.

— No, señor; hace algunos meses que hemos venido de la ciudad, atraídos por las milagrosas virtudes del agua de la gruta.

Nosotros la interrumpimos:

— ¿De qué se ocupa su padre?

— Murió hace cinco años, señor, y desde entonces mi madre y yo, ganamos el sustento de cada día.

Atravesamos una cascadita que alimenta un tupido cañaveral. En seguida nos enseña una mancha blanca que se destaca de entre las rocas de una montaña que está a nuestro frente.

— Esa es la iglesia que da entrada a la gruta, dijo; dentro de una hora estaremos allí.

Continuamos por senderos a cuyos costados crecen exuberantes el espliego, el romero y una infinidad de otras labiadas que esparcen un intenso aroma. Después de algunos zig-zags, y de varios descansos que la marcada pendiente nos obliga a tomar, llegamos a la iglesia, metida dentro de las rocas. Desde el portal divisamos en lontananza los rojos techos de Toirano. Entramos. Hay una capilla con dos portezuelas que dan acceso a la gruta. La niña se persigna, el hermano la imita, después enciende una vela que nos entrega. Ella se provee de otra y comenzamos a internarnos. La gruta tiene más de doscientos metros de longitud. A los pocos pasos de la entrada, la claridad del día desaparece. Seguimos internándonos y comenzamos a ver curiosas piedras puntiagudas con el vértice hacia abajo, que penden de la bóveda a tres o cuatro metros de nuestras cabezas.

— Esta es la cama y ese es el banco, dice la niña; aquella la mesa y eso otro el reclinatorio que usó Santa Lucía, y nos señalaba unas piedras lisas cuyas formas eran muy parecidas a los objetos que nombraba. Preciosas estalactitas colgaban del techo, llegando algunas al suelo, y adelgazándose en su parte media, parecían fuertes columnas que sostenían el peso de la montaña. Las paredes exudaban agua y el piso se hacía mucho más húmedo.

Por fin llegamos a un punto ensanchado, en el centro del cual había un tonel que recogía un fino hilo de agua que caía desde lo alto. Ella acercó allí al niño, el que comenzó a lavarse los ojos, mientras la hermana, pasándole suavemente la mano por los cabellos, murmuraba una oración. Después que hubieron terminado, se arrodillaron, se levantaron y siguieron enseñándonos los que nos faltaba ver.

A trechos, había en el suelo una petrificación blanquecina de forma cónica, y en la parte opuesta, en la bóveda de la gruta, otra cuyo vértice miraba hacia abajo, y del cual se escapaba de tiempo en tiempo una gota, que iba a dar sobre el cono inferior. Ese trabajo continuo, acumulaba cristales en los dos conos, los que, al pasar los siglos, llegaban a unirse. Todo era allí de una rara belleza; recogimos algunos trozos de piedra como recuerdo, y volvimos al pueblo bajo la impresión de lo que habíamos visto.

El paso del cieguito por las callejuelas del pequeño Toirano era saludado por todos sus amiguitos, algunos de los cuales, desde sus puertas, al pasar, le acariciaban la cabeza. Nos quisimos despedir, pero la chica nos rogó que llegáramos hasta su casa, a lo cual accedimos.

Empujó la puerta y nos anunció a su madre, la que limpiándose las manos en el delantal, se dirigió hacia nosotros mirándonos fijamente. Nos saludó disculpándose de su indumentaria casera, y nos enseñó dos sillas. La joven había salido, volviendo al momento con dos copas y una botella. Nos sirvió, y vi que devolvió la botella, agradeciendo a uno de los tantos chicos que curioseaban desde la puerta. Fingí no haber visto, y me levanté para ver de cerca un retrato, colgado de la pared.

— ¿Es su padre de usted? pregunté a la niña que se acercaba a mí para que le diera la copa vacía, y le señalé el cuadro.

— No, me contestó; la única fotografía que de él teníamos, ya no la poseemos. Este es tío Silvio, que está en la Argentina y que parece habernos olvidado.

La madre comenzaba a relatarnos lo que ya sabíamos por boca de la hija. Esta, y su cieguito, los tres, constituían la pequeña familia que vivía con la esperanza de un milagro de la virgen de la gruta. ¡Había hecho tantos!

— ¿Y por qué no acude usted a un facultativo de fama?

— Ya lo hice con varios, sin resultado, señor. Todo lo que está al alcance de nuestro bolsillo, lo pruebo. Hace varios días supe que en Albenga se vendía un unguento muy eficaz. Envié entonces allá, a Iole con los pocos ahorros que tenía, y lo he sentido, señor, porque el gasto representa algunos días de fatiga para mi pobre hija. Esta bajó humildemente la cabeza. La madre prosiguió: el remedio no hizo otra cosa sino irri-

tarle los ojitos. Ahí está la cajita. Nosotros miramos hacia donde indicaba, y no pudimos reprimir un movimiento de sorpresa; nos miramos el uno al otro; habíamos reconocido la sección de caña que encerraba el unguento que vendíamos días antes. Eugenio y yo, nos secamos los ojos, y los de la casa debieron encontrar muy natural este gesto. Mi amigo pidió permiso y salió para volver al cabo de un rato. Acababa de vender, según lo supe después, un anillo, con el producto del cual quiso remediar el mal que había ocasionado.

— Acepte usted estas liras, señora, que la aliviarán en algo.

La señora agradeció con buenas maneras el ofrecimiento, sin aceptarlo.

Después de charlar otra media hora, creímos oportuno retirarnos, y así lo hicimos, despidiéndonos de esos tres grandes corazones templados al calor del amor que se profesaban.

Ya estábamos fuera, cuando Eugenio dió un fuerte suspiro, diciéndome: — He dejado, sin ser visto, lo que no me pertenecía, y dióse vuelta los bolsillos del chaleco; yo comprendí la cosa.

A los pocos pasos nos volvimos para saludar con nuestros pañuelos; pero al sacar el mío, algo se cayó al suelo. Levanté el objeto mientras me asaltaba una terrible duda; aquella niña debía de ser su propietaria. La llamé, y acudió con su hermanito; le mostré el retrato en miniatura esmaltado, que colgaba de ese objeto. Ella lo reconoció en seguida: es mi padre, murmuró y miraba alternativamente a Eugenio, a mí y a la cadenita con el colgante. Se la volví al cuello y le estampé un fuerte beso en la frente. Mi amigo hizo otro tanto con el cieguito, y ambos hermanos salieron corriendo hacia su madre, besando el querido recuerdo. Nuestros ojos, inundados de lágrimas, apenas distinguieron tres bultos que agitaban los brazos, saludando.

El coche de la correspondencia nos condujo a Albenga: durante casi todo el tiempo, no cambiamos palabra; apenas alcancé a contar a mi amigo el suceso de la cadenita.

Bajamos frente al hotel, pagué al cochero con una pequeña monedita de oro que servía de colgante a mi cadena, y nos metimos en el cuarto. Eugenio se echó vestido sobre la cama, y yo bajé al escritorio donde me comunicaron que en el correo había un envío para nosotros. Así pude pagar la cuenta

del hotel. Subí a nuestra habitación, y sacudiendo a mi compañero que tenía los ojos algo rosados, le mostré el dinero y le dije: — Deberíamos enviarlo todo a Toirano. — No, me contestó secamente, no quiero meterme de nuevo a galeno; reserva lo necesario para el viaje y le remites lo restante.

Así lo hice. La señora no hubiera aceptado nuestro presente, y entonces busqué la forma de no rozar su dignidad. De pronto me acordé lo del tío Silvio, y al otro día mandamos a un honrado albenganés con las liras y un simple papelito donde habíamos escrito:

“Vuestro Silvio, no os olvida”; recomendando al hombre la mayor discreción con respecto al remitente.

Salimos inmediatamente para Génova. Después de varios días de permanencia en la capital ligure, me despedí de Eugenio, mandé un saludo y la dirección de mi casa a Toirano, y me embarqué de regreso rumbo a mi tierra.

El hizo lo propio poco tiempo después.

.....
Pasaron meses. No hace mucho recibí una fotografía donde aparecían tres personas, una de las cuales abría con malicia los ojos, sonriéndose, y una carta que leí apurado:

“...somos los seres más felices; el milagro se produjo. El agua de la gruta devolvió la vista a mi hermanito, que volvió a ver la luz del día y las luces que iluminaban su alma: Mamá y yo...” No leí más. Fuime a ver a Eugenio y le mostré el retrato y la carta. Me miró con sorpresa, y nos echamos el uno en los brazos del otro.

Y en el reverso de una fotografía donde aparecíamos los dos, contestamos lo que nos decía el corazón en ese momento.

.....
Ahora, cuando a veces comentamos el milagro, mi amigo se ríe de muy buena gana, agregando: quizás las propiedades del agua mineralizada de la gruta, no hubieran surtido efecto sin la acción del maravilloso unguento.

LUIS MORTEO.